TEOSOFIA

VOLUMEN II JULIO 1933 NUMERO 7

S U M A R I O

Página

TEOSOFIA

REVISTA MENSUAL

Continuación de las Revistas «EL LOTO BLANCO» y «SOPHIA»

Francisco Brualla, Administrador

Suscripción anual: DOCE pesetas para todos los paises

Dirección y Administración: Plaza San Miguel, 3, 1.º
BARCELONA

Las suscripciones pueden empezar en cualquier tiempo

TEOSOFIA

REVISTA DE SINTESIS ESPIRITUAL

SE PUBLICA EL DIA
1.º DE CADA MES

Continuación de EL LOTO BLANCO y SOPHIA

FEDERICO CLIMENT TERRER, Director

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde
a sus autores y a los traductores en las traducciones.

VOLUMEN II JULIO 1933 NUMERO 7

El Vencimiento del Temor

Por G. O.

Refugiados en la confortable atmósfera de doméstico salón, cuatro hombres mataban el tiempo cómodamente sentados ante una chimenea encendida. Sus cuerpos arrellanados en cómodos sillones estaban relajados; pero sus mentes se encontraban en plena actividad, pues estaban discutiendo el palpitante e inagotable tema de la extensión, causa y cura de la depresión económica que durante el año 1932 parecía iba a hundir al mundo.

«Debemos volver a los días primitivos» — sugería el artista —. «Debemos vivir sanamente como nuestros antepasados, que se contentaban con poco, sabían apreciar el sosiego, cultivaban el amor y la belleza, y amaban a la naturaleza y al arte. Con la expansión de los negocios y del comercio nos hemos hecho demasiado materialistas, demasiado ambiciosos tras de riquezas y de poder. Estamos falseando el sentido de felicidad en una semblanza del becerro de oro.»

«Tonterías» — replicó el economista —; «lo que el mundo necesita es la estabilización. Nos encontramos enmedio de un cataclismo industrial. Nuestra era de las máquinas es la consecuencia inevitable de la evolución. No podemos cambiar el rumbo de la historia; pero nos podemos ajustar a sus condiciones. Los mejores

cerebros de nuestros economistas y los hombres de negocios más inteligentes deberían desarrollar un plan que dé al hombre seguridad para el porvenir. Este es precisamente el deseo ardiente de todo hombre para sí y para sus familiares: *Seguridad*. Por eso somos tan materialistas; esta es la razón de que los hombres luchen para acumular grandes fortunas. Buscan seguridad para su vejez; quieren asegurar el porvenir de los seres queridos. Ahora, si el gobierno...»

«No existe tal seguridad» — interrumpió el pastor protestante, hablando con más verdad de lo que sabía. Su tono era ligeramente forense por su costumbre de hablar desde el púlpito —. «No existe tal seguridad» — repitió levantándose, apoyando su brazo ligeramente sobre la chimenea y hundiendo su mano derecha entre los botones de su casaca —. «Lo que al materialista le complace llamar seguridad se apoya en una base insegura. No hay seguridad sin Dios, y los hombres, persiguiendo su propio interés, se han olvidado de Dios.»

El filósofo soltó una carcajada que resonó como un desafío, aunque no estaba exenta de un tono de tristeza. El artista y el economista se quedaron atónitos. El pastor enrojeció y, no sin enojo, gritó: «Se rie usted de Dios.»

«En manera alguna» — replicó el filósofo —. «Creo en El. Mi Dios puede que sea diferente del vuestro; pero esto está fuera de la cuestión. Me rio de las mil razones diferentes dadas por otras tantas personas, para explicar nuestra situación actual. Me divierte ver que el razonamiento de cada individuo está coloreado por sus prejuicios personales. Me entristezco, sin embargo, cuando me doy cuenta de cuán pocos tienen la inteligencia y el valor necesarios para analizar y comprender la verdadera causa subyacente en los males que arrastran a un mundo enfermo hacia lo que parece ser su lucha mortal; una causa que es el poder que agita a casi todas las conciencias humanas.»

«Supongo que usted *cree* que tiene la solución» — dijo el economista, en tono de duda.

«No lo creo; sino que estoy seguro de tenerla» — replicó el filósofo.

«Quizás será usted tan amable para decirnos cuál es la causa de la mala situación del mundo» — sugirió el artista con aire de arrogante condescendencia.

«¡Es el temor! No sonrían. No desechen esta afirmación como una perogrullada. No me crean sentimental. Yo les pregunto: ¿Qué es lo que trae la guerra? ¿Qué es lo que causa la desconfianza en el mundo de los negocios? ¿Cuál es el móvil que impulsa a ate-

sorar? ¿Por qué los que poseen se hacen el sordo a la miseria de los que no poseen? Les digo que es el temor lo que está en la raíz de todo mal que aqueja al cuerpo, al alma y al espíritu individual y colectivo. El temor es la fuerza más potente, más aplastante y más destructora del mundo. Rige las vidas de novecientas noventa y nueve personas de cada mil. Es la causa, no solamente de esta depresión, sino también de todas las depresiones que han ocurrido en el mundo. Es nuestra emoción básica y continuará destruyendo las vidas y felicidad de hombres, mujeres y niños de todas las razas, naciones y civilizaciones, hasta que de alguna manera los hombres descubran la verdad.» Y, volviéndose al ministro protestante le dijo: «Fué vuestro Maestro, según creo, quien dijo: La Verdad os hará libres.»

La discusión se inició y continuó acalorada hasta que el reloj cantó una hora avanzada de la noche.

«Me tengo que ir» — exclamó el ministro protestante —, «me *temo* que he estado demasiado tiempo y que no podré dormir lo suficiente para estar en condiciones mañana, pues tengo un compromiso de hablar muy importante. Con frecuencia me duermo con dificultad y me *temo* que después de esta discusión pasaré una de mis malas noches.»

«Mi esposa estará preguntándose qué me puede haber ocurrido» — declaró el economista, tomando su sombrero y bastón —. «Siempre pasa mal rato cuando voy tarde, pues *teme* que me atropelle algún automóvil. Me *temo* que estará muy ansiosa.»

«Hablando de automóviles, quién sabe si podré conseguir un taxis» — exclamó el artista —; «pensé traer un paraguas, pues *temía* que llovería; pero en mi apuro de salir por temor de llegar tarde me lo dejé.»

«Está lloviendo a cántaros» — anunció el filósofo, levantando los visillos y mirando por la ventana. — «Me temo, mi amigo, que le será muy difícil acorralar un taxis en una noche como esta.»

Al decir esto soltó otra carcajada, al ver que sus amigos le daban la razón y se condenaban con sus propias palabras.

«Ya ven Vds. como nuestro propio modo de hablar nos descubre. Es un lenguaje repleto de símbolos de temor. «Temor» es un término tan común, que lo usamos sin darnos cuenta, sin pensar lo que significa. Rara vez hablamos con frases precisas, sinó con frases vacilantes y difusas como nuestras vidas.»

Decimos: «Lo haré si...»; «Espero poder comprar esto, cuando...»; «Me gustaría tener esto, pero...»; «No sé, a menos que...» Cuando nos hacen una pregunta sencilla ¿cuántas veces contestamos como hombres libres, «Sí» o «No»? Siempre intercalamos en

nuestra conversación la posibilidad y el condicional «si», «quizá», «no estoy seguro», o «puede ser». Todas estas son expresiones de nuestro presentimiento de que lo más probable es que no tendremos el valor de actuar.

Algunas de las más elevadas palabras de nuestro lenguaje han sido degradadas por el temor latente en nuestra conciencia. La expresión : «Tengo la esperanza», por ejemplo, que debía ser algo glorioso, es en realidad una expresión de desconfianza. Nuestras dudas han transformado el significado de esta expresión en: «Mucho me temo que no puedo, pero quizá. .». La palabra «Confío», tal como la pronunciamos es una mentira. Pocos de nosotros, en realidad, confiamos en nada; ni en nosotros mismos, ni en nuestros semejantes, ni en ningún poder superior.

El temor no solamente colorea la palabra hablada, envenenando nuestras relaciones con otros hombres, sino que obscurece y profana la mayor parte de nuestros pensamientos. No pretendemos que se acepte lo dicho sin pruebas. Si por espacio de media hora prestamos atención a los pensamientos que penetran en el campo de nuestra conciencia, descubriremos que, salvo en raros momentos de exaltación especial, nuestros razonamientos están cargados de duda, desesperanza y preocupación. Abarcan una gama completa; desde el mero temor de llegar tarde a un sitio, hasta el pánico que nos produce la perspectiva de alguna enfermedad; o la idea fija que lleva en ella los gérmenes de la locura o de la muerte.

Imaginémonos el principio de un día cualquiera. Nos levantamos por la mañana y miramos por la ventana con el *temor* de que va a llover. Nos asalta enseguida el *temor* de que nuestro único paraguas se quedó en el despacho. Engullimos apresuradamente nuestro desayuno y después nos ponemos a cavilar si esto nos causará una indigestión. A esta sola idea sentimos inmediatamente un síntoma desagradable en la cabeza; si somos inclinados a la hipocondría nos asalta una legión de dudas con respecto a nuestra condición física.

Salimos apresurados a tomar el tranvía, el metro o el tren. Todo apresuramiento es una exhibición de temor. *Tememos* llegar tarde. Habiendo tomado el tren, nos introducimos como una cuña haciendo exhibición de nuestra falta de educación por *temor* de que otro gane el sitio que queremos o un lugar mejor, si es que lo hay.

Durante el viaje nos ponemos a leer el periódico, mientras que todo el tiempo estamos con la preocupación consciente o inconsciente de que llegaremos tarde. Si el patrón llega primero y des-

cubre nuestra tardanza se pondrá hecho una fiera y *tememos* el escándalo que va a armar. Si llegamos tarde con mucha frecuencia, nos despedirán. Con esto pasamos revista a todas las consecuencias; imaginándonos a nuestra familia en la calle y a nosotros mismos ocupando un incómodo rincón en el asilo de mendigos.

Cuando llegamos a nuestro empleo nos ponemos a trabajar apresuradamente, casi siempre; no porque nos guste lo que tenemos que hacer, sino porque tenemos *miedo* de que nos vean ociosos. Estamos con el *temor* de que si no hacemos la tarea que nos desagrada se nos quitará la oportunidad de trabajar.

Y así sucesivamente, día tras día, repetimos la misma rutina. Lo aguantamos solamente porque la preocupación es progresiva. Pero cuando alcanza cierto grado sucumbimos a la postración nerviosa. Entonces decimos que estamos cansados y agotados; pero la verdad es que lo que nos ha postrado son las preocupaciones; es decir el *constante temor*.

A fin de que nos demos cuenta clara del dominio aplastante que el temor tiene sobre nosotros y para que este conocimiento nos impulse a ver la urgente necesidad de buscar activa, diligente y persistentemente los medios de escapar de esta esclavitud, vamos a analizar el origen de algunos de los temores que nos asaltan.

Antes de entrar en materia, sin embargo, creo conveniente advertir que todo cuanto digo aquí con respecto al temor y a su remedio es el resultado de mi propia experiencia. Yo he conocido las alegres distracciones de la prosperidad; he sufrido una enfermedad que me puso a las puertas de la muerte y he pasado por desgracias, confusiones, desencantos, pobreza suma; males unos de mi propia hechura y otros de los que aparentemente no era culpable; de todo ello he salido triunfante, feliz y con paz en el corazón. No ofrezco pues ninguna panacea que no haya probado yo mismo en mi vida y que no me haya dado resultado. La verdad de esta afirmación puede ser atestiguada por muchos de mis amigos y relaciones que han presenciado mis luchas y que se han alegrado cordialmente cuando he salido de ellas.

Mi única razón al escribir esto es hacer partícipes a quienes me lean de las experiencias que han enriquecido y colmado mi vida fuera de toda medida. Esto es algo práctico; no hay nada teórico en ello. El lector aprovechará estas experiencias en proporción a la intensidad de su deseo de ser libre y feliz. Cada cual ha de ser su propio salvador; y la única manera en que podrá probar la verdad de la experiencia de otro es hacerla su propia experiencia.

En nuestro análisis consideremos primero los temores que tienen su origen en lo físico. No el temor de peligros físicos, como

accidentes, el ataque de algún animal, de algún insecto, o de nuestros semejantes, ni siquiera el temor a la muerte, puesto que tales temores son en gran parte de carácter emocional. Algunos de ellos los hemos heredado de nuestros antepasados que vivieron en lejanos tiempos, cuando la vida era una batalla fiera entre el hombre y las fuerzas de la naturaleza por una parte y la depredatoria vida animal por otra, en vez de la lucha que hoy sostenemos para contrarrestar el tumulto que destroza nuestros nervios en esta edad de las máquinas. Muchos de tales temores los llamamos instintivos. Nos asustan y desaparecen prontamente, sirviéndonos de estímulo para ponernos a cubierto del peligro. Posiblemente son necesarios y útiles para preservar la vida y, salvo que su sacudida sea muy tremenda, se desvanecen una vez que el peligro real, o supuesto, ha pasado. La impresión que dejan usualmente es transitoria y sin consecuencias.

Por temores que tienen su origen en lo físico quiero dar a entender lo que comunmente llamamos «malestar», «sentirse deprimido». Atribuímos esto a causas de muy diversa índole que relacionamos con nuestras circunstancias, y con quienes nos rodean. Con mucha frecuencia no tienen tal origen, sino que se deben a la fatiga; falta del descanso necesario; a comer alimentos que no nos sientan bien; comer unas veces demasiado poco, pero más frecuentemente en exceso. Cuando nos sentimos deprimidos debemos, ante todo, preguntarnos: «¿En realidad, a qué se debe esto? ¿Hay algo que me preocupe, o simplemente es que estoy cansado?». Lo más práctico es dar por cierto que la causa de la depresión es el cansancio, y no tomar decisión alguna hasta haber descansado y hasta que el cuerpo esté en la debida condición. Hay que negarse rotundamente a entretener el mal humor. Refuércese la voluntad y póngasela en acción y dígase: «Mañana consideraré el asunto. Esta noche me voy a dormir.» Hágase una comida ligera y, tan pronto se haya hecho la digestión, tómese un baño tibio. Si con esto no se siente sueño, bébase un vaso de leche caliente. Abra todas las ventanas y métase en la cama. Procúrese no pensar en nada más que en conciliar el sueño lo más profundamante posible. Guárdese el mal humor para la luz brillante del día. En la mayoría de los casos, se encontrará a la mañana siguiente que el mal humor se ha ido sin despedirse.

El agotamiento físico y nervioso y la depresión mental forman, con demasiada frecuencia, una combinación altamente peligrosa, si no se detiene a tiempo. La resistencia física disminuída deprime mentalmente y abre la puerta a los pensamientos de temor; estos, a su vez, reaccionan para aumentar el malestar físico.

No entraremos a discutir aquí la cuestión de si el temor puede dar origen a la enfermedad. Esta teoría está apoyada por muchos metafísicos; es aceptada por algunos médicos y es despreciativamente rechazada por otros. No tenemos porque tomar en cuenta algo que es discutible. Basta que se pueda probar que hay males originados por el temor para apoyar cualquier tesis.

El médico materialista no negará que el miedo es en el curso de la enfermedad, un potente factor para acelerar su desarrollo y retardar el restablecimiento del paciente. Permítaseme ilustrar esto desde cierto punto de vista : Uno observa un germen, que se desarrolla en el cuerpo hasta que éste enferma. El paciente dirá: «El temor no tiene nada que ver con esto. No temo al gérmen, ni sabía que lo temía.» Es claro que el individuo no temía a ese gérmen particular; absorbemos durante el día miles de gérmenes; el aire de las ciudades está saturado de ellos; nuestras narices, nuestras gargantas, nuestras manos, nuestras bocas, los vasos, los tenedores y las cucharas que usamos todos son portadores de gérmenes. Si nuestra condición física es resistente los eliminamos. Si cada gérmen que se introduce en el organismo humano pudiese proceder libremente en su obra destructora, la raza quedaría exterminada en una semana. Pero en cuanto nuestra resistencia física desciende de cierto nivel a causa de la ansiedad y de las preocupaciones, veremos lo que un gérmen maligno puede hacer de nosotros. Nos pone enfermos y lo sabemos. Esto nos causa temor de alguna clase, nuestra resistencia se debilita más y más, hasta que finalmente nos vemos obligados a guardar cama.

El médico considera que uno de sus deberes más importantes es acallar los temores de su paciente. En esto está la virtud de las buenas maneras del médico de cabecera. Calificaríamos de imbecil al médico que entrara en el cuarto de un enfermo y le dijera cuán grave es su enfermedad, pues las consecuencias serían desastrosas. Si el médico puede conseguir que el paciente colabore con él; si es capaz de inspirarle fe en sí mismo, en el médico, en las medicinas o en cualquier otra cosa, aunque sea un amuleto, las probabilidades para el restablecimiento del paciente se multiplicarán en razón directa con la fuerza de su confianza en su propia cura. Si el paciente está tan perplejo y agotado que no hay manera de despertar su interés, la enfermedad lo dominará completamente aunque sea trivial. Muchas personas mueren porque no son capaces de hacer el esfuerzo necesario para vivir. Simplemente han perdido el interés y se dejan ir. Otros se han muerto de puro miedo a morirse.

(Continuará).

Un mundo angustiado

El remedio según un teósofo

Por C. JINARAJADASA

Primera Conferencia de la Convención, celebrada en Adyar, el 24 diciembre 1932

NOSOTROS, los miembros de la Sociedad Teosófica, no tenemos determinada creencia o religión en común más que nuestra creencia en una Fraternidad Universal de la Humanidad. Nuestro sentido de Fraternidad nos hace sentir la unidad con todo lo que vive y más particularmente con todos los demás miembros de la familia humana. De consiguiente, ser teósofo quiere decir sentir agudamente toda desgracia que aflija a la humanidad, y ser reformadores, tratando siempre de saber de qué manera podemos disminuir las miserias del mundo. Nuestro primer deber como teósofos es ir por el mundo tratando de abolir o disminuir el sufrimiento, dondequiera lo encontremos. Para guiarnos en la realización eficaz de esta obra, disponemos de una gran masa de ideas llamada Teosofia.

Esta masa de ideas proviene del pasado, pero aumenta continuamente de edad en edad. Ninguno de nosotros, miembros de esta Sociedad, está obligado a aceptar todo lo que la Teosofía proclama; de entre estas grandes ideas tomamos las enseñanzas e ideales que nos inspiran a vivir como teósofos. Cada cual escoje de acuerdo con su temperamento y cada cual, de consiguiente, actúa en la vida de la manera que considera que puede ser más útil.

Todos vosotros os habréis dado cuenta por lo que habréis leído en los periódicos y oído en conferencias lo que los economistas del mundo dicen con respecto a las dificultades con que se tropieza en todas partes. Ellos os dirán que son debidos a esto, a aquello o lo de más allá, mientras tanto que proponen remedios. Es sorprendente que no coincidan en cuanto a los remedios que proponen. Unos sugieren el cambio del sistema bancario, otros la abolición de las tarifas aduaneras y así por el estilo. Pero al considerar las causas, desde un punto de vista que me las hace ver con claridad, veo que la raíz de todas nuestras dificultades es un cambio sutil verificado en el mundo, con respecto a lo que es digno de perseguir en la vida.

Seguramente no cabe discusión, en último término, sobre lo que es digno de que se persiga, que es lo recto, lo bello y lo bueno. Pero en los últimos tiempos, debido principalmente a la influencia de la ciencia moderna, se ha operado un cambio con respecto a lo que es digno de ser perseguido. La ciencia ha liberado las fuerzas de la naturaleza y nos ha dado miriadas de cosas nuevas, como resultado del perfeccionamiento de la maquinaria. El maravilloso progreso de la ciencia, las conquistas de la maquinaria, durante los últimos cincuenta años, nos han proporcionado infinidad de objetos que nuestros abuelos jamás soñaron que pudieran ser necesarios en nuestra vida cotidiana. Decimos hoy que la norma de vida se ha elevado. Esto es verdad, pero también lo es que, como resultado de los múltiples mejoramientos introducidos por la ciencia y por la maquinaria, la lucha por la vida se ha intensificado como nunca. Se nos han creado nuevas necesidades, que sabemos que eran desconocidas de las generaciones pasadas. Consideramos que no podemos ser felices sino tenemos esta o la otra posesión, y año tras año se destinan más y más objetos para nuestra comodidad física. Tal es nuestra vida actual, que todo el afán del comercio moderno es crearnos más necesidades y hacernos creer que estas necesidades son conducentes a nuestra felicidad. Ya no nos sentimos felices con las pocas cosas que nuestros abuelos consideraban suficientes.

Todas las naciones se están reorganizando económicamente y esta reorganización va encaminada fundamentalmente a vender más a otras y comprarles tan poco como sea posible. Este es el gran lema económico del día: «Organicemos nuestro país para que pueda vender muchas cosas; pero elevemos las murallas aduaneras, a fin de que podamos comprar lo menos posible.» Pero, ¿cuál es el resultado de que las naciones principales traten de vender lo más posible al mismo tiempo que restringen sus compras? Una plétora de productos, más de los que el mundo necesita, porque no hay bastante dinero ni bastantes compradores para adquirirlos. De consiguiente, todas las soluciones que han presentado hasta hoy los economistas quedan reducidos a esto: «*Debemos crear más dinero para todos,* a fin de que se puedan *comprar más productos*». Yo no creo que ésta sea la verdadera solución y voy a explicar el por qué.

La tendencia general a alejarse de los antiguos ideales de la vida, a que he hecho referencia, se debe, como dije, al desarrollo de la ciencia moderna. En las grandes épocas pasadas de la religión, se enseñó a los hombres que los 70 u 80 años de nuestra vida eran nada más que la antecámara a una vida más amplia y

que todos los objetos y todas las actividades de este mundo tienen valor solamente en la medida que liberaban los poderes del alma. El evangelio de toda religión es que el hombre es un viandante, que atraviesa este mundo en su camino hacia un mundo eterno. Pero esto ha cambiado hoy; la gente trata cada vez más de vivir en este mundo como si éste y sus placeres fueran la única realidad. De consiguiente, todo cuanto intensifica la sensación de realidad de *este* mundo los atrae. Naturalmente, todos los economistas dan por sentado que los hombres no conocen ni les interesa más que una vida. Dicen que hay que modificar el sistema bancario, abolir o alterar las tarifas, que ha de cesar la explotación de los trabajadores, que el ansia del hombre por poseer tièrra ne ha de se frustrada por los pocos que la retienen; que los ejércitos y las armadas deben ser reducidos. Proponen mil cosas; pero todas vienen a reducirse a esto: «*¡Debe haber más dinero para todos!*»

Pero la solución verdadera es ésta: «*Ha de haber más Alma para todos!*» Porque hemos olvidado la gran idea de que la vida es fundamentalmente Alma, y en el lugar del alma hemos puesto las comodidades que se sintetizan en la palabra «dinero», el mundo está hoy angustiado. El verdadero remedio empezará a obrar en cuanto recupere el sentido espiritual que se ha desvanecido. ¿Qué es de valor en la vtda? Sobre esto gira todo el problema. ¿Qué enseñanzas imparten actualmente nuestros sistemas educacionales modernos? Que si uno ahorra dinero puede invertirlo y así producir más artículos con la inversión y de esta manera se asegura uno contra la estrechez al llegar a viejo. El entero sistema económico murmura este mensaje: «Atiende al porvenir en *este* mundo, ahorra para tu vejez, ahorra e invierte!»

Sin embargo, hay otro y más verdadero evangelio que fué proclamado en la antigüedad y que está bien expresado en un adagio chino: «Si tienes dos panes, vende uno y cómprate un lirio.» He aquí un gran principio espiritual para transmutar la Vida. Pero este no es el principio que hoy rige. El principio actual es ahorrar e invertir. El comentario de un poeta inglés sobre nuestro sistema moderno es verdad: «Adoro un banco de violetas. Aborrezco un banco de ahorros».

El sentido de la vida, de desarrollo, de auto-expresión, no proviene de una multitud de posesiones, sino de poseer las cosas precisas. Cuando el rey Janaka vió a Mithila, su capital, arrasada por el fuego, dijo: «Nada de lo que es mío se quema». Porque tenía como posesión eterna la Unidad de la Vida que había descubierto. No es más dinero para todos lo que necesitamos para que el mundo prospere, sino mejor gusto para todos. Bajo este prin-

cipio espiritual habrá de proceder la reorganización del mundo.

¿Cuáles son las verdaderas riquezas que la vida nos ofrece? Supongamos que en vez de esperar y planear para aumentar las rentas, planeamos para tener más ojos para ver y más oídos para oir. Imaginémonos a un hombre tratando de conocer más flores; a ver tonos màs delicados en la puesta de sol; a oir más sobretonos en el murmullo de las olas. En estas cosas está la vida y todo verdadero sistema de educación debería enseñar a escoger de nuestra experiencia lo que es permanente y que el desgaste del cuerpo no nos arrebatará nuestras posesiones eternas. Discernir lo permanente de lo inestable es la razón de haber nacido.

Pero esta razón ya no nos la sugieren las religiones, o si lo hacen, no con la suficiente intensidad para determinar la convicción. Por esto es que en muchos sentidos tenemos qne aprender la vida de nuevo. Porque la grandeza de la vida para un individuo proviene de las pocas cosas que *escoge*. A medida que disminuímos el número de nuestras necesidades, más belleza intrínseca descubrimos en ellas. Seleccionar de la vida: esta es la verdadera tarea de la educación. La verdadera riqueza proviene siempre de la selección y de la trasmutación de lo burdo en fino, de lo inestable en permanente. Permitidme un ejemplo. Es cierto que en mi cuarto tengo una pared llena de libros, pero si fuera desterrado a una isla desierta, con unos pocos libros del mundo, escogería nada más que estos pocos: un ejemplar de los Upanishads, la Biblia, el Sutta Nipata, la Divina Comedia de Dante, los poemas de Hardy, y los dos libros de versos ingleses y españoles publicados en Oxford. ¿Por qué tan pocos? Porque he descubierto mi propio mundo en literatura; lo que leo en estos libros refleja mi propio descubrimiento interno.

Para hacer este descubrimiento interno de la verdadera riqueza y posesiones estamos en este mundo; pero desgraciadamente hoy ya no se enseña esto tan claramente. La religión debe venir en nuestra ayuda una vez más. No quiero decir credos, fórmulas ni rituales; quiero decir el buen gusto que la religión debería darnos con respecto a las experiencias de la vida, a fin de que sepamos distinguir lo selecto de lo de mal gusto; lo eterno de lo transitorio. El remedio está en el retorno al Alma.

Para aprender cómo volver al alma ¿de qué manera encontraremos el método? ¡No por medio de las leyes! Ninguna ley administrativa; ninguna ley, promulgada por rey o legislador, nos enseñará donde está el camino para descubrir más Alma. Esto solamente pueden hacerlo las almas mismas. Cuando haya unos cuantos en el mundo que posean las verdaderas características

del Alma serán como pequeños soles, brillando en todas direcciones para hacer ver a los demás la grandeza del Alma.

La solución al problema de cada país está en que un pequeño número, un millar a lo más, se decidan a buscar el Alma, a afirmarse en el Alma y no en las riquezas. Estos pocos serán al principio notados, escarnecidos y ridiculizados. Pero serán comprendidos después de un tiempo y con su modo predicarán y propagarán la gran doctrina de que el hombre viene a descubrir cuál es la naturaleza esencial del Alma en todas las cosas; en cada piedra; en cada arbusto; en cada ser humano que vive y sufre. Si las religiones del mundo se combinaran hoy para predicar la doctrina que el hombre es eterno; que su vida aquí tiene por único objeto descubrir algo de la belleza de la vida en el más allá; que esta vida es nada más que la antecámara para la otra; que esta vida con sus miserias y tristezas es pasajera y tiene una sola utilidad, a saber: que podamos descubrir lo Perfecto, lo Eterno, lo Bello y la Felicidad.

Si la religión enseñara esto, si todas las religiones se combinaran hoy para enseñar a la humanidad que el Alma es lo más grande en la vida, entonces la maquinaria económica del mundo que está ahora descompuesta volvería a ajustarse debidamente. Disminuir la lucha para todos tal es la necesidad inmediata. Porque si cada individuo disminuyera su lucha por sí mismo, escogiendo, buscando, no en el mundo transitorio, sino en el eterno, poco a poco su ejemplo sería seguido por millares y en vez de «acelerar» la vida la retardaríamos hasta tener bastante tiempo para descubrir el alma en las pequeñas cosas de la vida; hasta ver una sola cosa: lo Esencial en la eternidad. Ir a cualquier parte del mundo y ver y leer el Uno en todas las cosas, esto es la Vida. Cuando el hombre encuentre el Uno en toda la existencia, encontrará el Uno en todas las cosas. ¿No está el océano reflejado en una gota de rocío? ¿No está toda la belleza del mundo en una florecilla silvestre? ¿No tenemos la divinidad del Cristo y de Krishna en la faz de un niño?

Estas son las verdades que el mundo necesita hoy para la humanidad; en la medida que comprendamos que al descubrir el Alma de las cosas descubrimos el Todo, descubriremos, según mi entender, el remedio para el Mundo Angustiado.

(Traducido de «The Theosophist», Febrero de 1933).

CALLEMOS...

¡Cuánto, cuánto se habla
sin ton ni son; qué declamar perpetuo
de retóricas nulas!
¿No es mejor por ventura el silencio?

Que el Espíritu selle nuestra boca
con sus siete sellos,
y florezcan en paz nuestros enigmas...
¡Callemos, callemos!

¡Oh, la estéril balumba!... Y ser la Vida
tan honda como es! ¡Ser el Misterio
tan insondable!
Triste afán de ruido que mancilla lo Eterno
que palpita en nosotros...
¡Callemos, callemos!

Los ángeles vendrán a reposarse
en las ramas del árbol mudo y quieto
como divinos pájaros de nieve.
¡Hay tantas cosas que callar con ellos!

Debe callarse todo lo sublime,
todo lo excelso.
Hasta los nombres que a las cosas damos
empañan el espejo
del Ser, en que se mira
el Arquetipo, trémulo
de luz, de santidad y de pureza.
¡Callemos, callemos!

En el callar hay posibilidades
sin límite, hay portentos
celestes, hay estrellas, más estrellas
que en todo el firmamento.

El alma y Dios se besan, se confunden,
y son una sola alma en el inmenso
mar del éxtasis, manso, inalterable...
¡Callemos, callemos!

Amado Nervo.

SOBRE ALQUIMIA

Por Stephen Annett

La filosofía alquímica se sustenta principalmente sobre una doble base, una material y otra no material. La material es el reino de la diversidad; la no material es el reino de la unidad.

El postulado de la alquimia, coincidente en esto con la filosofía griega, es que la vida tiene su origen en la unidad y su manifestación en la diversidad. Propugna que la diversidad depende de la unidad de la propia suerte que la circunferencia depende del centro del círculo, por estar relacionada con él por innumerables radios como emanación del centro, materializándose la relación del diámetro o dos radios con la circunferencia por tercera cantidad. De ahí la afirmación de que toda vida se halla contenida en la Unidad: sus emanaciones tienden a la diversidad, encontrándose limitadas por el universo material. Vemos, pues, que entre la Unidad y el Universo Material existe una tercera región en la que no se encuentra ni Unidad ni manifestación material y a esta región se le ha dado el nombre de Hades. En ella hay que encontrar las fuerzas que, emanando de la Unidad, terminan en el Universo Material.

Separando la doble idea de Unidad y de manifestación material encontraremos que estas fuerzas de la región intermedia, ofrecen dos aspectos basados en que, por un lado, están en dependencia de la Unidad y, por el otro, tienen su manifestación en la materia, presentando, por consiguiente, un frente en ambas direcciones. La Alquimia afirma que estas tres regiones no están separadas sino que más bien forman un todo y se hallan como contenidas en la Unidad. Así la Unidad representa tres principios: Se halla presente en todas partes; su manifestación en la región media, a través de sus emanaciones es todopoderosa (o al menos incluye todo poder) y su manifestación en el Universo material incluye todo conocimiento a través de la diversidad, demostrando cada parte el conocimiento de las demás partes por medio de separación y contacto.

El objeto de la Alquimia, únicamente puede comprenderse considerando que la perfección consiste en la aptitud de pasar libremente de la manifestación circunferencial a la unidad central, reputándose como ignorancia o imperfección la imposibilidad de

esa realización, basándose en que la sabiduría consiste en el contacto consciente con el centro y no tan sólo con las emanaciones de ese centro. Como demostración ilustrativa, supongamos un punto situado en la circunferencia del círculo : este punto se hallará en contacto con el radio que termina en ese punto y puede decirse que es una manifestación de ese radio particular sin tener nada que ver con los otros radios. De igual manera, en la Naturaleza cada parte es solamente la manifestación de una emanación de la Unidad y si aceptamos que la Unidad es perfecta, esa parte será imperfecta. La perfección alquímica radica, por consiguiente, en que esa parte se ponga en contacto con la Unidad en vez de estarlo sólo con una emanación.

Es evidente que el punto de la circunferencia está en contacto directo con el centro, faltándole solamenie la posibilidad de hacerse consciente de ello. Podremos decir, pues, que la imperfección alquímica es la ignorancia de esta realidad y la persistencia de la parte en creerse separada de la unidad; su persistencia en recpnocer nada más que una sola emanación como límite o una imperfección del conocimiento. La manera de eliminar esta imperfección de la parte se conseguirá en señalar su vinculación con el centro original, causa de todc ser, y esto se llama propio conocimiento; por cuanto, al desandar el camino hacia su propio origen, ttene forzosamente que llegar al prístino origen de todo, que es la Unidad.

La Alquimia, en sus métodos, difiere de la ciencia moderna. El procedimiento de la ciencia moderna es acumular un número dado de incidentes relacionados y de ellos inducir su relación. La Alquímia afirma que no puede llegarse a la Unidad por este procedimiento excepto en el caso en que la colección de incidentes fuera tan completa que incluyera la totalidad del universo manifestado, pues de lo contrario, la relación resultante no sería la de la Unidad, sino la de una parte de la Unidad, lo que no es la finalidad perseguida. La Alquimia presupone la aceptación de la Unidad y que las partes sean consideradas después en su relación con la Unidad.

La filosofía alquímica, de consiguiente, arranca del universo manifestado y demuestra que cada parte de las que lo componen está dividida de todas las demás. Cada parte es la manifestación de una forma de vida y, por consiguiente, contiene vida que es emanación de la Unidad. Así que, haciendo desandar el camino hasta su origen, a cualquier parte de vida manifestada, tenemos que llegar al descubrimiento de la Uuidad; pero, en este respecto, se encuentran grados diversos de manifestación entre los cuales

hay diferencia. La división se clasifica en cuatro grupos principales o elementos, los cuales constituyen los cuatro reinos de la Naturaleza que son: Mineral, Vegetal, Animal y Humano. Lo característico de estos reinos es que cada uno de los superiores contiene todo lo de los reinos inferiores y, por esto, en el reino humano encontramos una combinación de todos los elementos. Lo que, en el fondo, interesa, no es combinarlos sino unificarlos y, como medio único de conseguirlo, se nos indica la necesidad de separarlos, purificarlos y reconstituirlos.

Para comprender la diferencia entre combinación y purificación tenemos que considerar que el universo es una combinación de partes y que bajo ese aspecto, es lo más perfecto de cuanto la Naturaleza ha sido capaz de producir; de modo que la Alquimia no se propone imitar a la Naturaleza sino transcenderla, ya que la combinación tiene que ser siempre susceptible de disolución, pues que la unificación es permanente.

Nadie dudará de que si la vida, a través de un proceso de evolución, ha pasado por esos cuatro estados o elementos, será posible extraerla de ellos y esta extracción es la que, en términos alquimistas, se llamaba quintaesencia o la quinta esencia obtenida de los cuatro. Así, ellos describen a su Piedra como una masa dura en cuya composición entran los cuatro elementos, de la que extraen una agua clara que era su quintaesencia o Mercurio. Pero después de obtenida, es cuando empieza el verdadero trabajo alquímico, pues a esta agua, aún después de extraída, le falta mucho para su perfección. Una parte del trabajo ya se ha completado, pero quedan aun dos operaciones muy sutiles antes de que pueda darse la obra por terminada.

En ese momento es cuando, al querer los alquimistas describir la naturaleza de sus manipulaciones, entran de lleno en el campo del mito y de la fábula. Los desconocedores de su filosofía se han aprovechado ávidamente de esta condición para demostrar el aspecto quimérico de la alquimia, y es muy natural que así lo hicieran al no poder obtener un atisbo de unas fuerzas que se representaban como bestias feroces, reptiles venenosos y monstruos míticos. Debieran fijarse en que esa región media se halla generalmente dividida en dos partes: la primera pone al artista frente a frente de esos monstruos y a la segunda se llega, precisamente, evitando el contacto con ellos. La fábula de Proteo aclara el enigma, pues únicamente cuando el auto-activo espíritu de vida ha pasado por todas sus sucesivas transformaciones vuelve a encontrar su prístina forma pura y se manifiesta como fuente de toda vida. En esta región se encuentra el artista en un mundo

informe, por el cual llegan las fuerzas a la manifestación y solamente cuando ha pasado por ese vórtice vertiginoso, las encuentra uniéndose en el apacible centro de luz permanente.

Los filósofos platónicos siguen un camino parecido, señalando varias etapas para la adquisición de ciertas virtudes. De entre estas, el primer grupo, las Virtudes Políticas capacitan al hombre para comprender el trabajo del filósofo y transformarse en miembro útil de la sociedad; el segundo grupo, las Virtudes Catárticas, tienden a la purificación y al desecho o extirpación de las atracciones materiales del alma; el tercero, las Viriudes Teóricas, consisten en el conocimiento científico del Ser verdadero; y el cuarto, las Vírtudes Ejemplares, llevan al hombre a la fusión con ese Ser. Vemos, pues, que la coincidencia con los alquimistas es completa; las Virtudes Políticas se refieren a la preparación del universo material; las Catárticas a las manifestaciones de aquella región media; mientras que las Teóricas se relacionan con la instrucción obtenida en la misma. Las Ejemplares se obtienen únicamente mediante la unión con la Causa Primera de Vida o Causa creadora eficiente, el último de los trabajos alquímicos y el logro de la perfección.

El fruto resultante de esta unión ha sido puesto en entredicho por muchos y explicado por muy pocos. Para aquellos que prestaron al asunto atención pasajera parece que el resultado de esa unión no puede ser otro sino la pérdida de la identidad a modo como una gota de agua se pierde en el océano. La cuestión estriba en que, para el hombre corriente, identidad o personalidad representan una visión objetiva. En verdad que pocos son los que, al presente, pueden llegar a una concepción exacta de lo que representa una visión subjetiva. Para la mayoría de las gentes la personalidad representa la posibilidad de mirar sobre ias otras partes del todo como algo separado del observador. De este modo se puede aprender mucho del universo manifestado; pero cuando se aspira al conocimiento de la Unidad, tal actitud se opone a sus propios fines, pues crea separación y, en vez del todo, percibimos sólo la parte, la que, a su vez, no puede ser Unidad, ya que la Unidad es indivisible en partes. Tomemos, como ejemplo, un caso concreto. El hombre puede considerarse como un compuesto de vida y cuerpo, que puede separarse como sucede en el momento de la muerte: vemos, por este ejemplo, que no es la unión la que determina la pérdida de la personalidad sino la separación; pues nadie consideraría a un cuerpo muerto como en posesión de personalidad al compararlo con un hombre vivo, En uno, la vida está separada del cuerpo y, por ende, objetiva con respecto a él;

en el otro la unión lo hace subjetivo, sin pérdida de personalidad para ninguno.

Tan persistente ha sido la creencia de que los alquimistas se consagraban a la obtención del oro, extrayéndolo de metales bajos, que parece pertinente que hagamos algunas aclaraciones sobre este punto. Una vez que se llegue a una perfecta compenetración con el principio, la cosa resulta sencilla. Los cuatro metales inferiores son: plomo, estaño, hierro y cobre, en correspondencia con cuatro de los planetas y con los cuatro elementos. De estos elementos se extrae una plata fluida, o mercurio, que tiene que fijarse hasta que se convierte en plata pura, del mismo peso que el oro, pero sin su color, Hemos realizado hasta aquí dos trabajos y queda el tercero que es dar a la plata el color especial, el tono característico del oro. Esta coloración puede conseguirse solamente por la tintura de vida a la que hemos denominado antes Unidad. Expuesto en esta forma el asunto, parece extremadamente sencillo y que no requiere aquellas largas explicaciones que encontrábamos en los libros de los filósofos. Sin embargo, los que tengan alguna experiencia en el trabajo, estas explicaciones estarán muy lejos de ser inútiles. La labor es en sí tan difícil, en sus etapas preliminares, que uno desespera de realizarla en una sola vida. Hay, sin embargo, quienes aseguran bajo una apariencia u otra, que consiguieron resultados definitivos, al menos en los primeros ensayos; pero, en contra de esos ignorantes impostores, la alquimia aduce excelentes refutaciones, a la vez que ofrece claras direcciones para el investigador sincero y tenaz.

En primer lugar, hace falta una clara comprensión de la Intuición, sin la cual es imposible dar un paso adelante en los ulteriores procesos. Precisa después un adecuado conocimiento de los cuatro elementos y del modo de operar con ellos y, finalmente, debe existir el conocimiento de los tres elementos; azufre, mercurio y sal y de las tres regiones donde deben ser hallados a fin de que las operaciones tan confusamente tratadas por los filósofos queden delimitadas en su propio lugar.

No hay línea divisoria entre alquímia y filosofia; la una conduce naturalmente a la otra, de lo cual dieron evidente demostración escritores como Jacobo Boehme. El investigador inteligente puede comprenderlas ambas con tal de que sea diligente en el estudio e infatigable en el empeño. No precisan otras condicioues; pero si estas le faltasen le sería más provechoso limitar su empeño a la contemplación de los objetos naturales, en vez de tratar de penetrar en aquellas regiones situadas más allá del mundo ele-

mental, bien solo, o bien en compañía de los que, pretendiendo erigirse en sus guías, no harán otra cosa sino abandonarlo revolcándose en un cenagal del que quizás no encuentre jamás la salida.

Para terminar; la alquímia es mucho más que un sistema de ética. Aquellos cuyo objetivo es sólo practicar o enseñar la moralidad deben limitarse decididamente a las Virtudes Políticas de los platónicos. Ni la necromancia ni el moderno espiritismo podrán prevalecer. La Alquimia exige un ideal más elevado, y únicamente los capaces de mantenerse firmes sin la ayuda de escuelas o doctrinas, pueden reputarse como estudiantes preparados para sus misterios. Esta es la razón de que, en todas partes, los filósofos se dirigen, no a los vanidosos y ligeros, sino a los Sabios.

El verdadero teósofo ha de poner en práctica el más elevado ideal de moralidad, ha de esforzarse por realizar su unidad con la humanidad entera y trabajar incesantemente en beneficio de otros.

H. P. BLAVATSKY

• • •

AFORISMOS DE MESMER

Lo inmaterial no existe; la luz y el alma universal son fluidos incorpóreos pero esencialmente corpóreos. La substancia universal es una, y es a un mismo tiempo luz, calor e inteligencia.

La opacidad de los cuerpos no existe, la luz lo compenetra todo.

En la inmensidad no hay distancias, como en la eternidad el tiempo deja de ser.

El Sol es la fuente originaria de la sustancia de nuestro universo, pero no es Dios, si bien puede ser la morada desde la cual anima el universo, por medio de las Leyes establecidas.

Visión teosófica de la vida

Por R. Maynadé

El hombre es un ser complejo mientras está sujeto al proceso de su evolución y desarrollo. Sigue en miniatura el mismo plan de desenvolvimiento del Universo al cual pertenece. El LOGOS desarrolla SU Universo para el progreso cósmico, y el hombre, ínfima miniatura microcósmica, está sujeto y condicionado al mismo proceso.

Toda evolución es gradual y correlativa; nunca puede ser simultánea; lo que justifica la existencia de la ley de los ciclos. Así que el proceso evolutivo, cualquiera que sea, se compone de etapas correlacionadas, en que cada una tiene un objetivo especial complementario y en armonía con las demás. Todas así combinadas, aunque alternas, actualizan un proceso de conjunto.

El ser humano, sometido a ese gran proceso de evolución cósmica, sigue en escala menor los mismos trámites mayores. Nadie puede eludir los trámites de tal desenvolvimiento, ni nada es capáz de impadirlo.

Todo hombre pensador debiera conocer y tener constantemente presente tales procesos y aplicarlos a su condición de peregrino, sujeto a cambios y renovaciones constantes que le obligan a marchar por las misteriosas sendas de la vida.

Peró al hombre, tal cual es y entiende las cosas, le es difícil conocer su situación, semejante al leño que flota sin rumbo a impulsos de las olas del mar de la vida, limitado por el estrecho horizonte de lo desconocido.

A pesar de su limitada situación, es el hombre un ser protegido como el niño indefenso lo es por la madre.

Se le instruye con el ejemplo de las grandes Almas que de vez en cuando aparecen en el mundo, y además se le instruye por medio de la revelación, para que su ignorancia se disipe y vaya en condiciones de reconocer y aprovechar las lecciones que la vida ha de enseñarle. Así es; una de las lecciones que debe aprender es su propia constitución, su naturaleza compleja, y el proceso a que está sujeta.

Todos sabemos más o menos de la vida en el mundo de los sentidos, pero muy poco del mundo de las emociones, y menos aún del mundo de la muerte. Algo se sabe a la cuna de la sepultura, pero es grande la ignorancia de lo que es el proceso de la tumba a la cuna.

Bien poco se conoce de la vida extratarrena; gran parte de tal ignorancia es debida a la falta de interés por conocerla e investigarla; es un estudio que requiere atención, interés y constancia; peró no es así, puesto que los seres materializados creen que la muerte acaba con todo, y por reacción se aferran más que nunca a la vida de los sentidos y a la posesión de cosas y riquezas que se han de dejar, porque no son muestras y no forman parte de nuestra naturaleza integral.

Pero si las aficiones y apegos terrenos no determinaran esa común distracción y deseáramos conocer el ciclo completo de nuestro proceso evolutivo a través de la existencia, bien pronto conoceríamos algo más y los conocimientos más asequibles se extenderían de un modo notable, y tales conocimientos influirían decisivamente en nuestras tendencias y conducta; y entonces el objetivo de la vida en la tierra tomaría un caríz menos egoista y estaría más apropiado a la dignidad humana; habría menos error error y más honradez en nuestros actos.

En mayor reposo, podríamos entonces penetrar en las causas de las luchas y sufrimientos que no podemos eludir y la vida sería más plácida, más reflexiva, más concordante y más humana.

Nos pondríamos en guardia contra la ilusión que tomamos por realidad y nuestras aspiraciones hacia un idealismo dulcificarían la duda y el dolor.

Así como hay exploradores de tierras desconocidas, de mundos sidéreos, y buscadores de oro, entonces habría también más investigadores de lo real, lo cual nos pondría en el camino de la conquista por el oro del conocimiento de lo *que somos,* de *donde venimos* y a *donde vamos.*

Se ampliaría nuestro conocimiento del más allá en relación con lo que es el aquí. Sabríamos más de las causas del dolor porque conoceríamos más su significado; y entonces, como nunca, disiparíamos las espesas nieblas de lo dosconocido, vislumbrando mucho más de la esplendorosa cumbre de la verdad que es Teosofía vivida.

Llegar hasta el fondo de uno mismo, es toda la religión. Armonizar el Yo universal, es toda la sabiduria.

Teosofía Astronómica

Por FEDERICO CLIMENT TERRER

VII

Los astrónomos, en coincidencia con los geólogos, han desechado por inadmisible la errónea interpretación literal de Petavio (que para desdoro de la cultura intelectual todavía se estampa anualmente en los almanaques), según la cual sólo cuenta el universo entero, con todos sus sistemas solares, *seis mil años de existencia.* No cabe mayor absurdo para cuantos estén siquier medianamente familiarizados con la Astronomía; y sin embargo, todavía hay gentes que van propagando semejante patraña por su terquedad en tomar al pie de la letra las expresiones alegóricas de la Biblia, sobre todo cuando ninguno de sus pasajes da fundamento para fijar en seis mil años atrás la fecha de la creación.

La Tierra cuenta por lo menos *dos mil millones de años* de edad, según los cómputos científicos, y el hombre existe en ella desde hace *dos mil siglos,* si nos contraemos a las huellas evidentes de su paso por ei planeta. Sin exagerar el cálculo, puede afirmarse que desde los albores de la historia han ido pasando por la Tierra, generación tras generación, 500 mil millones de seres humanos.

Se han comprobado en la atmósfera de la Tierra corrientes magnéticas cuya intensidad y dirección varían periódicamente y que constituyen una especie de nimbo o aura distinta de la envoltura aérea.

Es muy probable que no sea la Tierra un planeta privilegiado o excepcional en este respecto, sino que todos los del sistema tengan esta aura o nimbo de vida mucho más sutil que la física, explicándose de este modo los fenómenos psíquicos y metapsíquicos envueltos todavía para la ciencia académica en el enimga y el misterio.

Más allá de la Tierra gira *Marte,* cuyas características son:

Diámetro: 6,753 kilómetros.
Volumen: 162,489,000,000 kilómetros cúbicos.
Distancia del Sol: 225,400,000 kilómetros.
Revolución anual: 687 días terrestres.
Rotación sobre su eje: 24 h. 37' 23".
Velocidad: 85,860 kilómetros hor hora.
Orbita: 1,400,000,000 kilómetros.

Es Marte bastante menor que la Tierra y que Venus; pero no obstante es lo suficientemente análogo para constituir con sus dos vecinos en relación de proximidad al Sol, una especie de trío (Venus-Tierra-Marte) donde, según los teósofos, se efectúa gradualmente la evolución completa de los seres humanos que a medida de su perfeccionamiento espiritual pasan de uno a otro de los tres planetas en ascendente escala de evolución.

Después de Marte sigue *Júpiter,* el mayor de los planetas, cuyas características son:

Diámetro: 141,436 kilómetros.

Volumen: 1,385$_2$489,540$_1$000,000 kilómetros cúbicos.

Distancia del Sol: 777$_1$852,000 kilómetros.

Revolución anual: 4,332 1/2 días o sean 11 años, 10 meses y 17 días terrestres.

Rotación sobre su eje: 9 h. 55' 40".

Orbita: 4,830$_1$180,000 kilómetros.

Velocidad: 46,800 kilómetros por hora.

Júpiter tiene nueve satélites.

Entre Marte y Júpiter se dilata una zona de 644,725 kilómetros de anchura, en la que giran multitud de planetículos, llamados impropiamente asteroides, de los que se van descubriendo cada día mayor número. Algunos sólo miden dos kilómetros de diámetro. Se supone que son fragmentos de un desquiciado planeta que en pretéritas edades giró alrededor del Sol entre Marte y Júpiter. Se apoya esta conjetura en una observación científica que por otra parte demuestra una vez más cómo nada hay casual ni arbitrario en el Universo, sino que todo está sujeto a leyes deliberadamente preconcebidas.

No en balde hablaba Pitágoras de la *música,* es decir, de la *armonía* de las esferas, y afirmaba que todo está ordenado por *número, peso* y *medida.*

Prueba de esta verdad de la antigua sabiduría nos la ofrece la ciencia moderna al averiguar que las distancias de los planetas al Sol no son arbitrarias ni casuales, sino que obedecen a una ley expresada por una progresión geométrica cuya razón sea 2 y su primer término el número 3, conviene a saber:

0 3 6 12 24 48 96...

Si añadimos *cuatro* unidades a cada uno de estos términos resultará la serie numérica:

4 7 10 16 28 52 100...

Estos términos son aproximadamente *proporcionales* a las distancias de los planetas al Sol.

Descubrió esta ley el astrónomo Titio a fines del siglo XVIII, cuando todavía se ignoraba la existencia de Urano, por lo que la serie sólo alcanzaba a los planetas entonces conocidos, pero dejando una *laguna*, correspondiente al término *28*, cuya proporcionabilidad no tenía planeta a que aplicarse.

Pero cuando Herschel descubrió en 1781 el planeta Urano, quedó confirmada la ley de Titio, pues la distancia al Sol del nuevo planeta era proporcional al número *196* que sigue matemáticamente al *100* de la serie.

Esta circunstancia movió a muchos astrónomos a buscar el planeta que por fuerza de la ley de Titío había de corresponder al número *28*, todavía vacante. Tras pacientes exploraciones, el astrónomo Piazzi, observando la constelación *Toro*, el 1.º de Enero de 1801, vió una nueva estrella que de pronto tomó por un cometa; pero su colega Bode, director del Observatorio de Berlín, que había organizado una cohorte de 24 astrónomos para buscar al deseado planeta, reconoció inmediatamente que era el visto por Piazzi, quien por prioridad de descubrimiento le dió el nombre de *Ceres*.

Sin embargo, poco después se descubrió otro planeta a la misma distancia del Sol y luego otros y otros, hasta hoy que están descubiertos y catalogados 525 planetículos, entre ellos *Hispania* y *Barcelona*, descubiertos recientemente por el laborioso astrónomo español Comas Solá. Los asteroides considerados en conjunto llenaron la laguna del término 28 de la Serie.

A Júpiter sigue *Saturno*, que tiene por características:

Diámetro: 118,500 kilómetros.
Volumen: 778$_2$863,940$_1$000,000 kilómetros cúbicos.
Distancia del Sol: 1,422$_1$577,000 kilómetros.
Revolución diurna: 9 h. 38'.
Revolución anual: 10,759 días o sean 29 años y 174 días terrestres.
Orbita: 8,860$_1$000,000 kilómetros.
Velocidad: 36,000 kilómetros por hora.
Está rodeado Saturno de un magnífico anillo y nueve satélites.

Las características de *Urano*, el penúltimo planeta en orden de lejanía, son:

Diámetro: 53,516 kilómetros.
Volumen: 74$_2$744,940$_1$000,000 kilómetros cúbicos.

Distancia del Sol: 2.863$_1$276,000 kilómetros.
Revolución anual: 30,687 días o sean 84 años y 27 días terrestres.
Revolución diurna: Desconocida.
Orbita: 17,830$_1$000,000 kilómetros.
Velocidad: 25,200 kilómetros por hora.
Tiene cuatro satélites.

Neptuno es el planeta más lejano y tiene las siguientes características:

Diámetro: 48,420 kilómetros.
Volumen: 59$_2$579,300$_1$000,000 kilómetros cúbicos.
Distancia del Sol: 4,474$_1$740,000 kilómetros.
Revolución anual: 60,127 días ó 164 años y 267 días terrestres.
Revolución diurna: Desconocida.
Orbita: 28,000$_1$000,000.

Recientemente parece haberse descubierto otro planeta más allá de Neptuno, al que se le ha llamado *Plutón*.

El simple enunciado de las características matemáticas de los elementos de nuestro sistema solar no basta para concebirlo en toda su majestuosa grandeza. Es preciso reflexionar sobre ellas y relacionando las masas con las velocidades, inferir la enorme cantidad de fuerza viva o energía que supone el solidarizado movimiento del sistema.

Quienes razonan por analogía, fueron siempre de opinión que tan admirable mecanismo ha de tener finalidad mucho más elevada y transcendental que la de servir de nocturnas luminarias en el cielo estrellado y atraer la atención de los astrónomos.

Los caldeos, egipcios, chinos y griegos clasificaron las cinco mil estrellas visibles a simple vista en constelaciones, de las cuales fueron las más señaladas las doce del Zodíaco, correspondientes a los doce meses del año egipcio, y así llamadas porque están situadas en la zona donde efectúa el sol su *aparente* revolución anual, recorriéndolas una por una a razón de una cada mes.

Las constelaciones o asterismos, que también así se llaman, han recibido nombres arbitrarios derivados de la configuración del grupo. Las estrellas más brillantes de estas constelaciones son: Arturo, Vega, Aldebarán, Rigel, Betelgueuse, Proción, Altair, Canopus y Sirio que a todas aventaja en fulgor.

Todas las estrellas con luz propia son centros de otros tantos sistemas planetarios, no independientes entre sí, sino solidariza

dos mutuamente en un todo orgánico, a pesar de la distancia enormísima que los separa.

La estrella más cercana a nuestro Sol, la *alfa* del Centauro, está a una distancia de la que apenas cabe dar idea diciendo que un tren expreso a toda velocidad tardaría setenta millones de años en recorrerla.

La Astronomia demuestra que la obra de la creación no se *cumplió* en los seis días de que habla el *Génesis,* sino que está en continua e incesante actividad el proceso de *creación, conservación, destrucción* y *reconstrucción* en todos los ámbitos del universo.

Como todos los seres, los astros nacen, crecen, viven y mueren; pero la materia que los constituye no perece. Forma nuevos soles, nuevos sistemas planetarios y nuevos universos, corroborando de esta suerte las verdades de la sabiduría antigua que reconocían la indesligable relación entre el universo material y el universo espiritual.

Pero la armónica correspondencia entre el cielo astronómico y el cielo espiritual no puede razonablemente divorciarse del concepto de evolución. La vida eterna lo es en el tiempo, pero no el espacio. Eterna es la vida del espíritu, pero no es eterno el lugar en donde temporaneamente mora. La eternidad de lugar presupone fijeza, invariabilidad, y vemos que nada hay fijo e invariable en el universo. Todo cambia y todo se muda porque todo evoluciona.

Las formas son los receptáculos de la vida y de la conciencia. A cada nivel de vida y cada grado de conciencia debe corresponder su adecuada forma en el adecuado lugar del universo.

Busca lo mejor en cada persona, Cree que todos son buenos en el fondo. Coopera con ellos y no les hagas oposición. Piensa, habla y actua desde este punto de vista.

La magia esperanza del mundo

Por ISRAEL REGARDIE
(Estractado de «Astrosophie»)

EN la tradicional filosofía de los magos, cada hombre es un centro autónomo de la conciencia individual, de la voluntad y de la magia.

Semejante a luminosa estrella el alma se mueve en ciclos, sola y sin que nada entorpezca la ruta de su órbita más que, acaso la atracción hacia otras almas.

Actualmente aflige al mundo la falta de esperanza y la humanidad se halla entristecida y deprimida en razón directa de su olvido de las fuerzas dinámicas que nos unen con el Universo. Hemos perdido la capacidad de desenvolver la voluntad espiritual y nos hemos distanciado de las jerarquías celestes traicionándonos en la actualidad el sórdido materialismo.

Nuestra redención no nos llegará más que por medio de nosotros mismos, adquirida por el dolor y el esfuerzo.

¿Cómo reencontrar el vínculo que nos une con la conciencia interna que dormita en las profundidades de nuestro ser? ¿De qué manera estableceremos el contacto de nuestra alma, mediante su vehículo efímero con los seres esencialmente reales de las jerarquías celestes? ¿Cuál es la senda que conduce al desenvolvimiento personal y que por fin nos ofrecerá la solución de los problemas que extenúan a la humanidad?

«Abajo es como arriba». Todas las cosas terrenas poseen su prototipo espiritual y todos los seres de la tierra tienen un divino espejo. Cuanto más la emanación se aleja de su origen, más se debilita y empalidece. Así como el calor disminuye de intensidad en la proporción de la distancia que separa el objeto de la llama, así el hombre se debilita alejándose de los dioses. Al olvidarlos, se destruye a si mismo.

El verdadero objetivo de la magia consiste en acercar al hombre a los dioses, que es la unión de la conciencia individual durante la vida, con la vida infinitamente más vasta de las Esencias Universales. La magia es la participación humana en la obra de los dioses, manantiales eternos de la luz, de la vida, del profundo amor.

Así solamente hallará el hombre la libertad y la iluminación espiritual alcanzando la comprensión de la majestad y la belleza de la vida en toda su plenitud.

Castidad, Matrimonio y Celibato

Por Francisco Brualla

Existen, en relación con el sexo, dos conceptos muy generalizados, que, en nuestra opinión, son fundamentalmente erróneos. Su aparente verdad proviene de que están basados en lo que podríamos llamar verdades a medias. El primero de dichos conceptos, que vamos a considerar, es la idea muy corriente de que hay algo malo y vergonzoso en el cuerpo físico y en algunas de sus funciones, como la sexual, por ejemplo. Este concepto ha sido apoyado, fomentado y difundido por las iglesias, especialmente la cristiana; pero como veremos, se trata de una verdad sólo relativa.

Si consideramos el cuerpo desde el punto de vista puramente físico, en sus funciones nada hay puro o impuro; sino que son procesos naturales que tienen por objeto su nutrición, conservación y reproducción; es decir que están dentro de la naturaleza de las cosas y, por lo tanto, no cabe clasificarlos desde el punto de vista moral. El hecho de que la naturaleza haya dotado al hombre de órganos de generación es, a *prima face,* una prueba de que tales órganos tienen un objeto bien determinado en la economía fisiológica.

No hemos de olvidar que la Ley de Economía es una de las leyes fundamentales del Universo. Según esta ley la naturaleza no malgasta sus fuerzas, ni hace nada inútil. Como todas las leyes del universo la de Economía es aplicable a todos los reinos: mineral, vegetal, animal y humano.

Así pues, la función sexual, desde el punto de vista físico, no es pura ni impura, es sencillamente una función fisiológica. El concepto de pureza o impureza entra cuando la relacionamos con la esfera de las emociones y del pensamiento. Si el pensamiento y la emoción son elevados y puros, desde el punto de vista del Alma, es decir, que el acto físico se realiza como la concreción, o manifestación, en el plano físico de un propósito o idea que es en sí pura y elevada, es un acto de creación coordinado en los tres mundos de manifestación, mental, emocional y físico y como tal es santo.

La función sexual tiene un papel importante en la economía del universo. En el estado actual de la evolución de la humanidad, la unión sexual tiene por objeto proveer cuerpos físicos para los egos que buscan reencarnación. Tales cuerpos físicos serán tanto

más refinados cuanto más evolucionados o desarrollados sean los progenitores; así los cuerpos procreados por progenitores de alta espiritualidad podrán ser utilizados por egos también más evolucionados, con lo cual se acelerará grandemente el proceso de la evolución humana.

Las personas espiritualmente inclinadas que, por un falso concepto sobre estas cosas, se mantienen célibes, pierden de vista que al hacerlo obran egoísticamente, pues el móvil de la abstención no es otro que la creencia de que con ello su propio progreso espiritual será más rápido, lo cual es discutible; mientras tanto no tienen en cuenta el interés de la raza, que debe estar muy por encima del interés y del progreso personales. No olvidemos la Ley de Sacrificio que es otra de las leyes fundamentales del universo.

Por otra parte, la actitud de dichas personas no está justificada, puesto que como hemos dicho está basada en un concepto parcialmente falso. Vamos a suponer dos seres, un hombre y una mujer, de gustos refinados, de elevada espiritualidad; dos personas de cuerpo sano, de sentimientos altruístas, emociones equilibradas y alta mentalidad. Dos almas, en una palabra, armonizadas en lo físico, en lo moral y en lo mental y que atraídos uno al otro llegan a la consumación de la unión sexual. Tal unión realizada sin falsos escrúpulos y con la idea de llenar la función natural indispensable para proveer de un cuerpo a un ego reencarnante, será una unión pura, casta, que puede considerarse como un acto de sacrificio en el más elevado significado del concepto. Su pureza no puede ser empañada por el acto físico; porque tal acto es absolutamente indispensable para la consumación del propósito que se persigue dentro de la economía del universo.

Esto nos da la clave del misterio de la Encarnación, misterio que si aceptáramos el concepto vulgar no tendría explicación lógica.

Un cuerpo como el del Maestro Jesús, destinado a albergar una tan elevada Entidad como el Instructor del Mundo, debió ser concebido por seres de la más avanzada espiritualidad; por iniciados que debieron prestarse sabiendo por lo menos intuitivamente la alta misión que tenían el privilegio de llenar. Y la encarnación fué inmaculada y pura porque el pensamiento y la emoción que la acompañaron fueron altamente puros. Toda concepción será más o menos pura e inmaculada en relación con la pureza del pensamiento y de la emoción bajo cuyo impulso se efectúe. La Iglesia explica el misterio de la Encarnación diciendo que fué por «obra y gracia del Espíritu Santo». El ocultista sabe que todas las fuer-

zas creadoras de la naturaleza en cualquiera de sus reinos son manifestaciones del tercer aspecto del Logos, el aspecto «actividad inteligente», Dios Espíritu Santo.

Nada hay pues intrínsicamente malo, vergonzoso o inmoral en el cuerpo ni en ninguna de sus funciones. El concepto de lujuria se refiere únicamente a la degradación de la mente, cuando ésta, abdicando de su prerrogativa, consiente en la realización del acto sexual con el sólo objeto de satisfacer una pasión de los sentidos. Por esto la Iglesia lo clasifica como pecado mortal, contra el Espíritu Santo el aspecto «actividad inteligente del Logos»; por cuanto es un desperdicio de fuerza sin provecho alguno y causante de la desvitalización del vehículo que el Alma ha de utilizar.

Hemos considerado la cuestión sexual en su aspecto moral y religioso. Vamos ahora a considerarla desde el punto de vista psicológico y ocultista. El segundo concepto muy generalizado es que la función sexual es una función fisiológica indispensable para la conservación del cuerpo físico en las debidas condiciones de salud. Los numerosos libros pseudo científicos que pretenden vulgarizar las cuestiones relacionadas con la fuerza sexual son los responsables de la gran difusión que han alcanzado éste y otros parecidos conceptos. Algunos intérpretes de una de las ramas de la psicología moderna, la escuela psicoanalítica, fundada por el sabio médico austriaco Dr. Segismundo Freud, han hecho mucho para reforzar este concepto en la masa de personas de mediana cultura, a causa de la importancia exagerada que dan al sexo en la vida del individuo y a las consecuencias que atribuyen a lo que llaman la «represión sexual». No es este el momento de discutir las teorías de Freud; sólo nos permitiremos decir que consideramos un error el considerar como sexual toda la fuerza vital del cuerpo físico, según afirman algunos que pretenden aplicar las teorías de Freud. La energía tal como nuestro cuerpo la recibe del sol, es neutra y sólo es sexual la porción que después de pasar por el plexo solar se dirige a los órganos de generación. Pero, como veremos luego, el individuo puede controlar y regular esta energía.

Volviendo al concepto expuesto diremos que es también una verdad a medias, y fundamentalmente erróneo. La energía solar al recibirse en el cuerpo humano por el bazo es neutra, según dijimos. De ahí pasa al plexo solar, de donde se distribuye a los diversos centros vitales del cuerpo, que los teósofos conocen con el nombre de chakras, o centros etéreos.

No podemos negar que en la gran mayoría de los humanos los centros etéreos, situados bajo el diafragma, los órganos de gene-

ración, son los más potentes y ios más activos; pero este no es el caso con los que han alcanzado un grado de evolución más elevado, sea intelectual o espiritualmente. En el caso de la masa, la fuerza vital sigue la tendencia natural de nutrir los centros relacionados con la generación y crecimiento del cuerpo físico; tendencia que se le imprimió en edades pasadas cuando el principal objeto de la vida era construir cuerpos físicos vigorosos; cuando la mente estaba todavía en estado embrionario y recibía una porción insignificante de la energía vital. Esto era en la época lemuriana. Los métodos más avanzados que nuestros antepasados de aquella época practicaron fueron por el estilo de los que ahora conocemos como «hatha yoga».

La humanidad actual está más avanzada; posee un cuerpo físico que es una maravilla de refinamiento, y la fuerza vital ha de emplearse ahora en su mayor parte en nutrir el cerebro, el órgano de la mente, que puede controlar y decidir cómo va a utilizar la energía vital que recibe, gran parte de la cual se malgasta todavía en los centros situados bajo el diafragma.

Es bien sabido que cuando una porción excesiva de la fuerza vital se dirige hacia abajo y se desperdicia en los órganos de generación, sin otra finalidad que la satisfacción del instinto animal, el resultado es un debilitamiento de las facultades mentales; el cerebro se paraliza, produciendo varios grados de idiotez, los desarreglos mentales y nerviosos, etc. En cambio en un individuo de alta espiritualidad o de gran actividad mental creadora el impulso sexual es casi nulo. El hombre que ha subyugado su naturaleza inferior es capaz de transmutar la fuerza creadora y decidir qué destino ha de darle y utilizarla para otros fines que no sean la procreación. Esto implica la reorientación de la fuerza vital, (no la «supresión» ni la «represión» de la misma) de manera que cese de dirigirse a los centros situados bajo el diafragma y vaya a activar los centros superiores, especialmente el corazón y el cerebro, a fin de desarrollar las actividades características de estos órganos. De esta manera nuestras energías creadoras se emplearán en la esfera del pensamiento, del arte, de la ciencia, o simplemente en bien de nuestros semejantes.

Sentado que nada hay intrínsicamente malo ni vergonzoso en el cuerpo físico ni en sus funciones; que nuestras energías creadoras pueden emplearse en otros fines que no sean la procreación y que el hombre puede dirigirlas a voluntad, podemos considerar la cuestión del matrimonio y del celibato y determinar, si podemos, cual es mejor.

Es claro que en esta discusión hemos de considerar los dos

términos opuestos, matrimonio y celibato, desde un punto de vista lo más elevado posible, como cuadra a estudiantes de teosofía y ocultismo, y prescindiendo en absoluto de sus aspectos incidentales, tales como el legal y religioso.

El matrimonio desde nuestro punto de vista es el acuerdo de dos almas que deciden unirse para convivir, ayudarse mutuamente en su evolución y desenvolvimiento espiritual (que es la finalidad de toda nuestra existencia) y para cumplir el mandato bíblico de «creced y multiplicaos». Los principales factores que influyen en una unión de esta naturaleza están todos relacionados con el Alma. Es una unión de almas, en que la unión de los cuerpos es circunstancial y complementaria. No podemos ahora entrar a enumerar las cualidades y condiciones que debe reunir un matrimonio ideal; baste decir que cuando un mayor número de los humanos consideren la cuestión del matrimonio, o la unión de los sexos si se prefiere, desde el punto de vista del alma, la solución de los problemas inherentes a la institución del matrimonio tendrán rápida solución. Alguien podrá argüir que tales condiciones rara vez concurren; lo cual debemos admitir; pero esto no dice nada contra el matrimonio como institución, sino que pone de manifiesto la imperfección de los elementos que la integran. No hay, pues, que suprimir la institución sino perfeccionar sus elementos.

Aparte de las razones económicas, físicas o de orden social que impidan a uno contraer matrimonio, la razón que decide a muchas personas de tendencia espiritual a mantenerse célibes es la repugnancia que sienten por la función sexual, basados principalmente en el concepto acerca de la maldad de la carne, a que nos hemos referido antes, porque consideran que de esta manera su desenvolvimiento espiritual será más rápido y por lo tanto su utilidad para la obra del Maestro será mucho mayor. No tenemos derecho a dudar de la sinceridad de los que asi piensan; pero si analizaran a fondo el móvil que los impulsa a pensar así, quizás descubrirían que hay en ello un egoísmo muy sutil y el temor a las responsabilidades inherentes al estado matrimonial y quizás también el temor a la tentación demasiada cercana. Sabido es que muchos de los que se dedicaron a la vida monástica lo hicieron más que por inclinación a ella para alejarse de las tentaciones del mundo, pues creían que así salvaban el alma. Es bien sabido también que no todos consiguieron el fin buscado y que sus mentes se encargaron de hacerles ver el error en que habían caído. Por otra parte, la moderna psicología ha puesto de manifiesto que la «represión» no es el mejor medio para librarnos de los instintos

carnales, pues podrán ser acallados por un tiempo, pero resurgirán con más fuerza cuando uno menos lo piense. El únīco remedio es su transmutación. Son fuerzas creadoras que no se pueden suprimir y que no conviene reprimir sino que hay que darles otra dirección y otro destino; pero esto es un proceso lento y no muy fácil. Los que aspiran a la vida espiritual deben tener sumo cuidado en esto, pues puede ocurrir que consigan desarrollar poderes del alma sin haber antes subyugado a su naturaleza inferior, y en tal caso corren el riesgo de que la energía espiritual vaya a reforzar los mismos centros que se trata de debilítar.

Ahora cabe preguntar qué es más recomendable para el ocultista, el matrimonio o el celibato. Es imposible contestar en términos absolutos. Es un problema altamente individual. Podemos decir, sin embargo, que el verdadero celibato sólo es posible cuando el individuo ha avanzado tanto en la evolución, que ha conseguido dominar su naturaleza inferior y es capaz de dirigir a voluntad y con entera seguridad sus energías creadoras de manera que se empleen en otras actividades, en la esfera del pensamiento, por ejemplo.

Admitamos con toda modestia que son muy contados los que han alcanzado tal grado de progreso; por tanto, salvando algún impedimento físico, el estado más natural del hombre es el del matrimonio, donde además de cumplir su parte en la economía del universo, tiene oportunidad de efectuar la transmutación de fuerzas a que nos hemos referido sin forzar a la naturaleza.

Además, no debemos perder de vista que el hecho de haber alcanzado una comprensión intelectual de algunas leyes ocultas, no nos pone fuera ni por encima de tales leyes ni tampoco nos exime de cumplir las leyes de la ética y reglas sociales de moralidad y decencia. Por el contrario, nuestros más amplios conocimientos nos imponen el doble deber de cumplir las leyes que rigen para el común de los mortales, con más las leyes superiores de la vida del Espíritu a que aspiramos.

Ser sincero es ser potente.

RUBÉN DARÍO

CONTRA LA FATIGA

Cuando V. se sienta cansado, ya sea de trabajo mental o muscular, o por auto-intoxicación, pruebe este remedio : Beba, despacio, un vaso grande de agua, acérquese a una ventana abierta, respire, inhalando y exhalando despacio profundamente, tres o cuatro veces, con la barbilla levantada, los hombros hacia atrás, el pecho hacia adelante y bajando el diafragma en cada respiración. Después cierre los puños con firmeza y ábralos tres o cuatro veces; mueva bien los hombros, de adelante hacia atrás, levántese dos o tres veces sobre la punta del pie y después sobre los talones y haga entonces tres o cuatro respiraciones más. Después de lo cual V. podrá regresar a su trabajo descansado y con su vigor y energía renovados. Esta receta es una panacea para el que está cansado, para el ama de casa y para el hombre de oficina. PRUÉBELO.

¿Qué significa esta teoría? La fatiga es solamente la presencia de venenos en la sangre, tóxicos y material gastado. La respiración profunda da a la sangre una gran cantidad de oxígeno, el cual quema estos tóxicos. Contrayendo los músculos, principia el cuerpo a quemar estos tóxicos, y el agua sirve para regar los riñones, los cuales arrojan dichos venenos, una vez quemados.

Esta es una manera de quitar la fatiga, removiendo la causa, y es un método mejor que el alivio temporal que se obtiene de una taza de café o de las tantas composiciones que sirven al público en las horchaterías y bares. No hay que olvidar que la fatiga es siempre causada por material gastado y por tóxicos de la sangre.

La fatiga muscular se quita con una noche de buen sueño, que es el remedio de la Naturaleza. La forma más común de fatiga es la del cerebro. Para ésta decimos que nuestra prescripción es de gran valor. El ejercicio y el aire puro, en pequeñas o grandes cantidades, quitará la congestión del cerebro, ejercitará los músculos no usados y eliminará los venenos, dinamantes de la falta de ejercicio muscular que trae siempre consigo el trabajo mental.

Ahora hablaremos de la forma más común de fatiga, que es la que sobreviene por auto-intoxicación. Esta clase de fatiga es la que hace que V. se sienta tan cansado por la mañana como si no se hubiese dormido, o tal vez más que cuando se acostó. Esta clase de fatiga lo hace sentirse cansado al mediodia, aún en aquellos días en los que V. no hace nada, la clase de fatiga que se quita comiendo, pero que no se puede quitar con el descanso. Para

esto nuestra prescripción es de doble valor, pero debe practicarse en dosis dobles. Y aún más, para esta clase de fatiga, no coma carne, no coma pan ni patatas, elimine todas las golosinas, y coma muchas legumbres, cocinadas y crudas.

Hay que tener presente que la persona que come con cuidado y que trabaja bajo condiciones modernas, se cansa muy pocas veces, pues su cuerpo no está repleto de venenos causados por el alimento ni sus canales eliminatorios están obstruidos con un comer desmesurado y así el hombre que come de una manera correcta casi nunca se siente cansado.

(De la «Oficina de Salubridad de los Estados Unidos»).

UNA RELIGION DICHOSA

No necesito de la religión que no hace al hombre más alegre y más feliz, que no lo prepara para cumplir contento su misión y le hace más leve la carga.

Nunca es nuestra parte más elevada la que padece melancolía.

El hombre melancólico es débil. El buen humor es uno de los distintivos de la fuerza. Aquel reino de los Cielos que está dentro de nosotros es una región de paz y de alegria.

Cuando lo encontramos y en él vivimos no nos contentamos con en experimentarlas, sino que las proyectamos en el exterior.

La fe de un hombre puede medirse por su felicidad.

CAVÉ

CONGRESO DE LA FEDERACION TEOSÓFICA SUDAMERICANA

El Tercer Congreso de la Federación Teosóficia Sudamericana, realizado en Santiago de Chile del 12 al 16 de Abril de 1933, resultó un torneo internacional de profundo significado y alta trascendencia para la evolución y el progreso del movimiento teosófico en el Continente Sudamericano.

Se hicieron presentes en esta cita de honor, Argentina, Chile, Uruguay, Perú y Brasil, por intermedio de sus respectivos Secretarios Generales y Delegados, que, plenos de fe y confianza en un futuro augural, mantuvieron en alto, en todo momento, el Ideal de Fraternidad, primando como nota saliente durante el desarrollo de los debates, interesantes exteriorizaciones de principios, susceptibles de interpretaciones variadas, pero concordantes y complementarias en su finalidad.

Si los Congresos de la Sociedad Teosófica Sudamericana no tuvieran otro objeto que el de «acercar a los hombres acercando a los pueblos» para consolidar sobre cimienos inconmovibles la Paz de América Latina, ello constituiría una razón poderosa que justificaría, amplia y profundamente, su periódica realización.

El programa de estudio y trabajo presentado por el Consejo Directivo de la Federación a estudio y desarrollo del Congreso, fué cumplido en todas sus partes. Los temas, estudiados con gran amplitud de miras, como corresponde a miembros de una agrupación que ha hecho suya la divisa de los Maharajás de Benarés: «No hay religión a la Verdad», fueron interesantísimos.

El Tercer Congreso de la Federación Teosófica Sudamericana, como resultado del estudio de los temas propuestos por las Secciones Federadas, considera:

Que en una adhesión decidida a los principios y fundamentos de la Sociedad Teosófica y en su aplicación práctica, se encuentra la solución integral de todos los problemas planteados. Por lo tanto, la única obligación de todo miembro de la Sociedad Teosófica es *vivir* su fundamento básico, es decir, hacer de la Fraternidad un ideal *vivido* y *vivible,* trabajando en el sentido de:

a) Formar y fomentar la formación de grupos fraternales, sin distinción de credo, raza, casta, sexo, nacionalidad, posición social, etc.

b) Estudiar con método comparativo las diversas filosofías, religiones, ciencias y artes, a fin de obtener una capacitación en

el sentido de hacer vivible el Ideal de Fraternidad entre los hombres que las profesan y las cultivan.

c) Estudiar las leyes ocultas de la Naturaleza y los poderes y facultades latentes en todo hombre, con el *solo* y *único* objeto de emplear las propias capacidades y poderes en el Servicio de la Humanidad, considerando el Servicio desinteresado como la forma activa de la Fraternidad.

El Tercer Congreso de la Federación Teosófica Sudamericana declara, asimismo:

Que dentro de la estructura externa actual de la Sociedad Teosófica, cabe la emanación de movimientos afines colaterales, como los ya existentes de la Orden Teosófica de Servicio, Tabla Redonda, Idealistas Prácticos, etc., etc., capaces de encauzar las potenciales energías dispersas, a fin de lograr un desplazamiento de la Mente colectiva hacia plataformas más espirituales; y que una acción de los Miembros de la Sociedad Teosófica en tal sentido, según el temperamento y la idiosincrasia de cada uno de ellos, creando o auspiciando esos organismos, encuadra dentro de la tónica de actividad que el mundo está señalando en la presente hora.

El Tercer Congreso de la Federación Teosófica Sudamericana recuerda a las Logias que la componen, que la eficiencia máxima que ellas pueden conseguir se alcanzará:

a) Si las Logias son centros de armonía, en que las relaciones de los miembros se singularizan por un trato cortés y por la cultura que ellos se esfuercen en adquirir.

b) Si la conservan en toda su fuerza su adhesión al principio de Fraternidad, como propósito fundamental de la Institución, para lo cual deben mantener una completa autonomía en sus relaciones con movimientos afines o subsidiarios.

c) Que deben propender a que las enseñanzas fundamentales de la Sabiduría Antigua y las lecciones que se desprenden de las nuevas investigaciones, se presenten al público en forma clara y sencilla, adaptadas a las necesidades del medio en que se vive.

d) Que la cooperación en el trabajo es el método de mayor eficiencia, y que es menester recordar a los miembros que de la disciplina y espíritu de trabajo depende el resultado de la labor de la Logia.

e) Que la principal finalidad del estudio y del trabajo en las Logias, es la de crear un grupo de servidores activos y desinteresados que expresen en sus propias vidas el principio de Fraternidad.

Por lo tanto, el Tercer Congreso de la Federación Teosófica Sudamericana exhorta a las Secciones Sudamericanas a:

Que presten especial y preferente atención al estudio de los problemas vitales que ofrece el momento de transición porque atraviesa el mundo, en el ambiente en que *se vive,* analizándolos y solucionándolos a la luz de los ideales de la Teosofía y del Principio de Fraternidad.

Que los núcleos teosóficos se interesen por *todos* los problemas humanos, haciendo que la Teosofía y su intermediaria, la Sociedad Teosófica, sean a manera de rayos de sol, que iluminan y vivifican todo, sin mezclarse con la materia iluminada y vivificada.

Y, por último. Que las mayores necesidades espirituales de la América Latina, que parecen ajustarse a su Dharma colectivo, son:

El cultivo de las emociones y de los sentimientos, por lo que corresponde: La divulgación de la cultura artística en todas las capas sociales.

Puede alcanzarse la gracia mediante el deseo de verdad, la sinceridad de espíritu y la pureza de corazón. La gracia divina reside siempre en el individuo armonizada. Y todas las posibilidades pueden actualizarse con la gracia radiante.

IÇVARACHARPA

INFORMACIONES

Un llamamiento urgente. — El Secretario de la Sociedad Teosófica Española ha recibido de la Dra. Anna Kamensky, S. G. de la Seccíón Rusa en Ginebra, la siguiente carta:

«Queridos amigos: Hay terrible miseria en Rusia. Las gentes están muriendo por millares, muchas de ellas pertenecientes a las clases cultas (doctores, maestros, sacerdotes, profesores, ingenieros, etc.). Aun aquéllos que no pasan por pruebas tan terribles y viven en las ciudades, sufren indecible miseria. A muchos se les ha privado de sus bonos de pan, y hasta del rincón que ocupaban en una habitación llena de gente. Tienen que pedir limosna. Muchos de ellos son idealistas y servidores; algunos son nuestros hermanos teósofos.

PODEMOS AYUDARLOS. Por 23 francos suizos podemos enviar un buen paquete por medio de una buena agencia de Ginebra, conteniendo 4 kilos y medio de alimentos (arroz, harina, azúcar, mantequilla y jabón) y por 30 a 40 francos suizos, paquetes con café, té o cacao. Hay también paquetes de 9 kgs. y medio, más caros. Como los Soviets cobran un elevado tanto por ciento por cada paquete, los que los reciben en Rusia no tendrán que pagar nada; los derechos van incluídos en el precio.

La Liga Cristiana Suiza — que está recogiendo firmas para solicitar del Consejo Federal en Berna, que éste pida a la Liga de Naciones que haga una intervención moral en favor de los mártires rusos, y que además ha hecho una protesta contra la esclavitud y la persecución religiosa — ha publicado fragmentos de cartas que, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, se han recibido privadamente de diversas partes de Rusia. Se incluyen algunos breves extractos de estas cartas.

Esperando que este llamamiento conmoverá los corazones de los amigos de Rusia, envío de antemano las gracias por todas las contribuciones, grandes o pequeñas, que se sirvan enviarme en esta hora de necesidad, a mi dirección: 2, Rue Cherbuliez, Ginebra, Suiza.

Agradecería también que insertaran este llamamiento en los Boletines locales y revistas, y se enviara a las Ramas y Centros, o se hiciera conocer por cualquier otro medio a los miembros y amigos.

Suya fraternalmente,

DRA. ANNA KAMENSKY,
S. G. de la Sección Rusa fuera de Rusia

Rogamos a quienes deseen enviar donativos para aliviar la terrible situacion de los hermanos rusos, lo hagan al Tesorero de

la Sección Española de la S. T., D. Teodoro César, Apartado 10.025, Madrid; o mejor por ser más breve, a la Dra. Anna Kamensky, 2, Rue Cherbuliez, Ginebra, Suiza,

El análisis del aura en el diagnóstico de las enfermedades. — Ultimamente, en el Hospital de Santo Tomás, de Londres y en el del Monte Sinaí, de Nueva York, se ha procedido al análisis del aura de los pacientes mediante los cristales Kibner, conteniendo una solución de dicianina o mediante el fenoróscopo. Otras veces, en casos especiales, se ha recurrido al análisis por clarividencia directa. En Dresde, Estrasburgo y París se han obtenido también, por diversos medios, análisis áuricos que figuran en la carta diagnóstica de numerosos enfermos y orientan no poco en la aplicación de los diversos métodos curativos.

BIBLIOGRAFIA

"Tierra, Trabajo, Capital y Privilegio"
por Marcelino Rico y Rico
Editorial Maucci. — Barcelona

Nuestro querido compañero, antiguo conferenciante y colaborador de la tribuna teosófica, Don Marcelino Rico, ha dado a luz esta obra que sintetiza toda su vida de consagración a esclarecer la perspectiva de la paz social mediante la solución del problema agrario según las doctrinas de Henry George, el gran maestro economista del siglo pasado.

En las páginas de «Tierra, Trabajo, Capital y Privilegio» palpita el esfuerzo vivo, de cada día y de cada hora, del hombre popular que tan a menudo vemos entre las multitudes obreras del muelle y en los corros espontáneos de las plazas urbanas, predicando su ideario y sembrando granos de principios redentores. Discípulo auténtico de la antigua escuela socrática, a Don Marcelino Rico no le falta más que la túnica y el manto para aparecer, anulando el paso de los siglos, al lado de aquellos filósofos griegos, de ejemplar memoria.

Quien quiera destrenzar la intrincada madeja social de nuestros tiempos y vislumbrar el advenimiento de una era de mayor equidad, que lea el libro del amigo Rico.

Joan Sallent, Sucr. — Jovellanos, 26—Sabadell.